

GRANDES SONETOS COLOMBIANOS

Sintiendo que en mi espíritu doliente
la ternura romántica germina,
voy a besar la estrella vespertina
bajo el agua ilusoria de la fuente.

Mas cuando hacia el fulgor cerulescente
mi labio melancólico se inclina,
oigo como una voz ultradivina
de alguien que me celara en el ambiente.

Y al sentir que tu espíritu me asiste
torno los ojos a la pampa triste.
¡Nadie! Sólo el crepúsculo de rosa.

¡Mas ay!, que entre la tímida vislumbre
inclinada hacia mí con pesadumbre
suspira una palmera temblorosa.

JOSE EUSTACIO RIVERA

AMOR VERDADERO

(De Eugenio de Castro)

Tu indiferencia aumenta mi deseo,
cierro los ojos yo por olvidarte.
Y cuando más procuro no mirarte
y más cierro los ojos, más te veo.

Humildemente en pos de ti rastreo,
humildemente, sin poder cambiarte
cuando alzas tu desdén como un baluarte
entre tu corazón y mi deseo.

Sé que jamás te alcanzará mi anhelo,
que otro quizás levantará tu velo
y estrechará tu juventud en flor.

Y en tanto crece mi pasión, y avanza
es medio amor, amor con esperanza,
y amar sin ella, verdadero amor.

GUILLERMO VALENCIA

ETERNA FUENTE

¿Será el amor la fuente prometida?
Me pregunté a mí mismo con un vago
presentimiento, y al primer halago
miré mi incauta adolescencia herida.

Acaso en el placer, pensé, la vida
guarde el secreto misterioso y mago.
Y al voluble placer concedí en pago
mi propia juventud enloquecida.

Del amor y el placer hasta el exceso
los reinos recorrí de beso en beso:
por fin huí de todo lo que existe.

Y en mi torre que mira hacia el poniente
hallé que era el dolor la única fuente,
y hoy soy feliz porque aprendí a ser triste.

ALBERTO ANGEL MONTOYA

LA CATEDRAL DE COLONIA

Desde el arco ojival de la portada
hasta la flecha que en lo azul palpita
cada cosa en su fábrica suscita
el ansia de emprender otra cruzada.

Mole de encaje, de ilusión cascada
que baja de la bóveda infinita,
surtidor que hasta Dios se precipita,
escala de Jacob, fuerza encantada.

Tiene tanto a la vez de piedra y nube,
su pesadumbre formidable sube
en la luz con tan ágil movimiento.

Que se piensa delante a su fachada
en alguna cantera evaporada
o en alguna parálisis del viento.

JUAN LOZANO Y LOZANO

COMENTARIOS

Por HERNANDO RIVAS FRIGOYEU

JOSE EUSTACIO RIVERA

Al contemplar la naturaleza tropical, con sus altas palmeras, sus vigorosos platanales, sus flores multicolores y de cambiantes y vivos matices; al oír a jilgueros y ruiseñores saludar el alba o el crepúsculo con sus suaves trinos y el murmullo del agua cristalina de los incallables arroyos, un sentimiento misterioso, ignoto y desconocido nos embarga, produciéndonos un dulce silencio en homenaje a la magnífica obra de su Creador. Muchas veces el tono del paisaje circundante nos da el tono del espíritu: si un sol esplendoroso nos alumbraba, el ánimo se inclina al optimismo, si un cielo gris y nublado esparce su atmósfera húmeda sobre nuestras cabezas, el pesimismo tiende a invadirnos. Sin que quiera decir concepción panteísta de las cosas, sin embargo es preciso admitir, metafóricamente, que el alma de la naturaleza se manifiesta en todos sus frutos y especies. Es decir, que existe un alma en el paisaje que muchas veces, y frecuentemente, se comunica con la nuestra. Y en el desentrañarla estriba la dura labor del poeta del paisaje y del sentimiento. Podemos sentir lo bello, lo sublime del panorama que nos ro-

dea, pero si no tenemos una fina y aguda sensibilidad de iluminados aedas, no podremos desentrañar, sonsacar, investigar y expresar esa alma tácita que gime en las cosas, al parecer inanimadas. Es un don immanente, que consiste en vibrar al unísono de la fuente, de la hoja, etc., y que no entienden los simples mortales. Más, ahí está de intermediario, de mediador entre las cosas de la naturaleza y los humanos, el encumbrado y sagaz poeta del paisaje y del sentimiento. He ahí el papel que en nuestro concepto desempeñó José Eustacio Rivera. En función de un horizonte no sólo descriptivo, sino también subjetivo. Sus críticos sólo tienen en cuenta el primer aspecto. Y es menester darle cabida en su obra, a ese fervor íntimo y personalista que asimismo lo anima.

Se le conoce sólo en virtud de su novela "La Vorágine" que ingresó ya al patrimonio continental, a la Biblioteca de América, junto con los más altos valores literarios de nuestro Continente. Más que una novela, nosotros creemos, puede considerarse como un canto, un poema mirífico y de altísima inspiración, fiel intérprete de ese verso que él inscribe en su encabezamiento de "Tierra de Promisión": "en el hondo murmullo del audaz oleaje se oye la voz solemne de la selva lejana".

Sus sonetos debieran ser más conocidos pues su obra de poeta ha permanecido eclipsada por su "Vorágine", ya que debieran formar un todo inseparable pues sus composiciones poéticas son parte y género idéntico. Además, se advierte en ellas un tan hondo poder descriptivo, un hermanamiento tan entrañable y sentido con los objetos cantados, a la vez que una delicadeza emocional, pura y sincera. Al consignar uno de sus sonetos más acabados, el lector podrá apreciar dentro de una aparente unidad rítmica, una gran variedad de pensamiento y emoción.

HERNANDO RIVAS IRIGOYEN

* * *

GUILLERMO VALENCIA

En este pasar de poetas predilectos no podía faltar ese sinigual artífice de la poesía universal que fue el maestro Valencia. Aunque sus versos se resienten de un extremado objetivismo —por cuanto fue él quizás el representante más esclarecido de la escuela parnasiana en América— sin embargo nuestra imaginación y aún más nuestro intelecto,



no pueden menos de rendirse emocionados ante esa arquitectura hecha de firmes y adobados cimientos, en cuanto a los elementos, léxico, abundancia y novedad de metáforas, poder descriptivo y sobre todo construcción armónica, índice de una disciplina mental excepcionalmente ordenada. El no fue un poeta de América y menos de Colombia. Lo es —y seguirá ocupando este sitio de honor— un poeta del mundo cuyas obras de artista pueden ser traducidas a los más exóticos idiomas, sin que por eso desmerezcan o vayan a perder poder de comprensión.

Valencia fue un ser privilegiado en nuestro medio. Nació, es cierto, en la hidalga villa que se denomina Popayán, pero su fino espíritu pertenecía a los ricos salones renacentistas de la Italia moderna o a los tiempos quijotescos que vivió Europa en el siglo XVII.

Esta conmovedora traducción de Eugenio de Castro muestra a la vez: su prodigiosa y excepcional capacidad de traductor y su gusto —a pesar del parnasianismo— por las inquietudes emocionales del corazón humano.

H. R. I.

* * *

ALBERTO ANGEL MONTOYA

Es un inconforme dentro del medio que le ha tocado en suerte vivir. Aventurero de amores frívolos y placeres hedonistas, un tanto epicúreos (es decir, enaltecidos con una dosis de espiritualidad); amante de las noches voluptuosas que pronto se olvidan, ha tratado siempre, este “dandy” que es Alberto Angel Montoya, ensimismarse y compenetrarse con ese demoníaco autor inglés que fue Oscar Wilde. Sus maneras, sus rasgos y su vida, un tanto artificiales y que ha tratado de inculcarse a viva fuerza, no alcanzan a borrar de su fina delicadeza de gran poeta de Santafé, algunos brotes de sano espiritualismo y estética desinteresada. Sus composiciones, pues, pueden dividirse en dos clases: unas, representativas de los instintos elegantes de un británico escéptico, frío y calculador; y otras, inspiradas en motivos de alto espécimen anímico y sutil delicadeza bogotana.

La “Eterna Fuente” se acerca más a las segundas que a las primeras. En ella se expresa el hastío de lo que parece tener algún valor en la vida: Amor y Placer; y la solución la encuentra en esa soledad melancólica y dulce del propio yo.

H. R. I.

Un literato-periodista procedente del altiplano arribó un día a las playas de Europa, quizás al Havre o Hamburgo. Se internó curiosamente en busca de escondidos secretos del arte y con el alma alerta y propicia ante cualquier impresión maravillosa. Cierta día sus ojos se abrieron desmesuradamente y la emoción lo embargó totalmente hasta dejarlo mudo; pero las exquisitas fibras de su abierta sensibilidad se pusieron en conmoción. ¿Qué había pasado? En su deambular había encontrado un monumento prodigioso. Una mole desafiadora y enhiesta contra los embates del tiempo: la Catedral de Colonia. El visitante dejó correr su pluma, al compás de los rítmicos latidos del corazón y su obra cristalizó en este acabado soneto de perfección y captación inusitadas. Su fama hubiera quedado ya bien arraigada si sólo esta producción se contara. En su libro “Joyería”, publicado en Italia, reunió primorosos sonetos que encabezados por el grado y la calidad de éste, forman una colección exquisita para el que gusta de la armonía y música del verso...

H. R. I.

POESIA NUEVA

La revista publica uno de los más auténticos poemas de Luis Alfonso Delgado, poeta oriundo de Cartago. Delgado obtuvo en este Colegio su grado de Bachiller en Filosofía y Letras, y es hoy uno de los elementos más esclarecidos de la joven generación de poetas colombianos.

EL PEREGRINO

Incansable peregrino,
cumpló la humana misión,
fiel a la voz del destino,
e ilumino mi camino,
de ilusión.

En busca de la secreta
cima de la excelsitud,
mis ensueños de poeta
son los faros de mi inquieta
juventud.

Bajo la luz matutina
y al vespertino fulgor,
asciendo por la divina
y silenciosa colina
del dolor.

Se aviva mi sentimiento
en el hechizo lunar,
y vuela mi pensamiento
por los caminos del viento
sobre el mar.

Nadie repara en el hondo
signo de mi padecer:
y al peregrinar escondo
los secretos en el fondo
de mi ser.

Quizá en su desconocido
rumbo, cante la canción
del amor y del olvido
mi sensible y dolorido
corazón.

Y una voz desgarradora
vibre en mi oído al pasar:
¡llora, peregrino, llora,
porque ha llegado la hora
de llorar!

LUIS ALFONSO DELGADO

(Del libro "El Alma de la Noche").

Ya las sombras de la noche se destacan al oriente
y los vientos congelados cuentan tristes sus amores;
hay rumores apacibles que se escuchan en la fuente,
hay fragancias delicadas en el cáliz de las flores.

De los montes a los campos ya descienden los ganados,
resplandores muy confusos en el cielo se vislumbran,
un ambiente de sosiego se respira allá en los prados,
hay luciérnagas fantásticas que revuelan y que alumbran.

A lo lejos en estanques se oye el canto de las ranas
como notas quejumbrosas, como quejas de dolores;
asemejan el susurro cuando el viento entre las ramas
sollozando acongojado va llorando sus amores.

La quietud ya se acentúa, hay cansancio y desconsuelo,
el silencio por doquiera va tornándose imponente,
y la luna esplendorosa va ascendiendo por el cielo
entre nubes de topacio que la adornan esplendente.

Todo duerme en el silencio, ya la vida de las cosas
se aletarga, se adormece, en el fondo de las almas
los ensueños venturosos cual colores de las rosas
se perfilan entre sombras como pálidos fantasmas.

ENRIQUE GAMBA BORDA

DEL DELITO

Por ALFONSO VILLEGAS RESTREPO

I

DEFINICION

Frecuentemente se ha sostenido que no debe el legislador entrar a definir el *delito*, cuidándose, eso sí, de expresar claramente la definición de *los delitos*, a fin de facilitar la acción de justicia y no comprometer la libertad de los ciudadanos. Es fácil encontrar la razón de este concepto, ya por las dificultades que ofrece el reducir a una fórmula precisa y breve todos los caracteres de todas las variadísimas especies de hechos delictuosos, ya porque la experiencia acumulada pone de manifiesto las graves consecuencias y funestos resultados de una expresión imperfecta, que no contenga todo lo definido y nada más que lo que quiera y deba definirse. Más, si esto es verdad, no lo es menos que de una u otra manera, del conjunto de preceptos consignados en los Códigos debe desprenderse el criterio necesario para determinar las notas esenciales, particulares y accidentales de los diversos delitos, a fin de hacer eficaz y correcta la aplicación de la justicia humana.

Se puede definir el delito filosófica o prácticamente. Esta última no es tan difícil ni tiene tanta trascendencia como la científica, y hay una verdadera armonía en casi todas las legislaciones a este respecto. La de nuestro Código está concebida en los términos siguientes: "Voluntaria y maliciosa violación de la ley, por la cual se incurre en alguna pena", de lo cual se deduce que no es delictuoso ningún acto a que haya dejado de señalarse sanción expresa, como, por el contrario, todo hecho previsto en las leyes y sancionado por ellas, es en todo caso un delito.